

Las celebraciones no son un espectáculo

La liturgia cristiana tiene como cuadro de referencia inmediato y esencial el acontecimiento histórico-salvífico de Cristo con toda su riqueza y con todos sus posibles desarrollos. Así pues, por liturgia se entiende el culto que Jesucristo ofrece al Padre en el Espíritu, asociando a sí y en favor de la humanidad. Este acontecimiento, metahistórico y al mismo tiempo histórico, se ha realizado *una sola vez (ephapax)* y se actualiza en el *cada vez (hosakis)* celebrativo de la comunidad cristiana.

Culto auténtico y autenticidad del culto

La celebración de la liturgia, sobre todo en la Eucaristía, tuvo desde los primeros tiempos del cristianismo una forma que se ha mantenido después, casi sin alteración, a pesar de haber atravesado muchas vicisitudes. Pensemos que la estructura de la Eucaristía señalada por Justino en el siglo segundo corresponde a la actual. Esto quiere decir que inmediatamente se identificó lo que había de esencial en el culto. Después, o se ha subrayado el sentido de lo esencial, construyendo en torno a él una ritualidad coherente, o bien se ha perdido ese sentido, acentuando aspectos periféricos, cuando no desviantes, del rito. En Occidente, por ejemplo, se había descuidado la liturgia de la Palabra: no se olvide que iglesias importantes como San Pedro en el Vaticano carecían de ambón. Se había olvidado casi por completo la oración universal. No se hacía la homilía, hasta tal punto que en las *Rúbricas generales* del Misal de 1962 se la considera casi como un cuerpo extraño: «Homilia... non superimponatur Missae celebrationi impediendo fidelium participatione: proinde, hoc in casu, Missae celebratio suspendatur» (n. 474). Se practicaba con frecuencia el *Santo interrumpido* (se comenzaba el canto del *Sanctus* hasta la elevación, cuando se interrumpía para continuar después con el canto del *Benedictus*) a pesar de las advertencias del magisterio en sentido contrario. Los gestos eran inconsistentes y en muchos casos injustificados. La administración de la comunión a los fieles se practicaba poco y se consideraba como un paréntesis accidental antes de la purificación («si qui sunt communicandi, eos communicent, antequam se purifice» decía lacónicamente la rúbrica). Hubo un tiempo en que se consideraba la Misa como cosa del sacerdote, a la que los fieles podían asistir, pero sin ser indispensables; bastaba -cuando lo había- un ministro que contestase al sacerdote y les representase: el concilio de Trento había sido claro (DS 1747). Ahora, la celebración de la liturgia debe llevar a la liturgia trinitaria y debe ser, por tanto, *teantrópica*: debe comunicar, pero al mismo tiempo actualizar la comunicación con Dios y entre las personas humanas: tiene que facilitar la experiencia del misterio mediante el rito y las oraciones.

Esto comporta una serie de propuestas sensatas, aceptadas y valoradas, un cómo capaz de hacer fenomenológico el *qué* cultural, un quehacer capaz de soportar el por qué se hace. Todo esto se encuentra materialmente contenido en los libros rituales: en la eucología (las oraciones), en los pasajes bíblicos (leccionario), en las introducciones (*prenotanda*) y en las diversas rúbricas. No todos los libros litúrgicos actuales son una obra de arte; no serán, sin duda, definitivos, pero son el modo actual, aprobado y compartido, de celebrar la liturgia. Antes de criticarlos o pasar de ellos, hay que estudiarlos, rezarlos y también usarlos en la práctica litúrgica. Quienes los ha elaborado son, en su mayoría, estudiosos y amantes de la liturgia y del pueblo cristiano, pastores que, aunque no hayan alcanzado la perfección, han tratado de ofrecer lo mejor de sí mismos entregando al pueblo de Dios el fruto de su trabajo y estudio. Otros, sin duda, lo mejorarán... Somos hombres y necesitamos datos sensibles (ver, sentir, gustar, tocar...), con tal que estos datos sean también sensatos y se usen de modo inteligente.

Un ejemplo para reflexionar

Hace algún tiempo me encontraba en San Juan de Letrán en una misa conmemorativa de la Comunidad de San Egidio presidida por el Cardenal Ruini. Después de una procesión de entrada muy larga, y después de un amplio saludo, llega el acto penitencial. No se dejó ni siquiera un momento de silencio, pues inmediatamente empezó el coro a cantar el *Señor ten piedad*. Después la colecta. Tampoco aquí hubo un momento de silencio después de la invitación: *Oremos*; lo mismo sucedió en la oración después de la comunión, superpuesta inmediatamente. La homilía duró un cuarto de hora. La plegaria eucarística, la más breve: la segunda, y duró, excluido el solemne *Sanctus*, menos de tres minutos. Los gestos del celebrante durante el diálogo del prefacio tuvieron en cuenta solamente los dos primeros movimientos de las manos, mientras que el tercero (las manos extendidas) se olvidó por completo y se substituyó por el gesto preconciiliar (manos juntas e inclinación). Inevitable el *amén* durante el prefacio a las palabras: «Por Cristo Señor nuestro». Como conclusión de la doxología hubo un *amén* apresurado cuando ya la patena y el cáliz estaban sobre el altar. Fue una misa muy solemne por la afluencia de gente; bastante larga (cerca de hora y media) ; con cantos bien ejecutados, aunque a veces no muy adecuados a la liturgia. Pero desde el punto de vista de la «celebración», desequilibrada y poco coherente. Gestos, palabras, momentos importantes resultaban inconsistentes y poco resaltados (y comprendidos). Uno se daba cuenta de que quien los realizaba no conocía ni lo más mínimo su significado profundo y actual: su alcance litúrgico, histórico-salvífica, eclesiológica, ministerial, pastoral...

He hecho referencia a esta celebración porque tuvo como presidente una persona eclesial a todas luces, y como asamblea a fieles «informados» y acostumbrados a la oración litúrgica, que practican con cierto esmero. Es evidente que en todo ello predominó cierta ampulosidad ritual, una espectacularidad que sacrificó la autenticidad del rito y sus significados. Se cantó bien, en general, pero no siempre se sabía qué significado tenía el canto en cada momento concreto de la celebración. En ese caso hubiera bastado al menos una correcta y consciente ejecución de lo que marcan las rúbricas. Estoy seguro de que si a alguno de los participantes en aquella celebración e implicados en ella como miembro de la comunidad, le pidiese su parecer, obtendría una valoración positiva y estoy seguro de que hasta se maravillaría de mis observaciones.

Creo que el problema principal consiste en la falta de «conciencia profunda del sentido de lo que se está haciendo. Y esto es especialmente sorprendente si se piensa que la Iglesia quiere presentarse ante el mundo como defensora del sentido profundo (y verdadero) de las cosas, mientras ella misma demuestra no saber actuar de acuerdo con la profundidad propia de las «cosas» que le atañen de manera eminente y exclusiva, especial. Precisamente el cardenal Ratzinger, parafraseando a Romano Guardini, siente la necesidad de una *renovada introducción al espíritu de la liturgia*. Desafortunadamente, en el libro con el que pretende realizar, esta obra de *introducción* no demuestra siempre conocer (o apreciar) los libros litúrgicos oficialmente aprobados y actualmente en uso en la Iglesia católica.

Una práctica litúrgica viva y verdadera

Sin duda es más fácil discutir sobre la teología de la liturgia que esforzarse por realizar una auténtica celebración litúrgica. Pero de la una se debe sacar la fuerza, la paciencia y los medios para pasar a la otra. La humildad del estudio, no para encontrar una serie de pruebas que demuestren que tenemos razón, sino para buscar progresivamente en qué consiste y qué es lo que puede favorecer el encuentro de Dios con su pueblo, en el respeto del Uno y del otro, es una tarea y una misión que se practica todavía poco. El resultado de este esfuerzo no consiste sólo en lograr «hermosas » celebraciones, sino más bien el de verificar en la comunidad creyente la situación de nuestra fe vivida. Y si nos encontrásemos con que hay todavía un gran trecho por recorrer, ahí están los

gestos, las palabras, las miradas, los gritos, la escucha, los silencios, así como las aclamaciones, las explosiones de alegría y el abrazo de la comunidad que nos dicen y nos permiten experimentar, incluso con los sentidos, la presencia "graciosa" de Dios, que nos acompaña a través de nuestra historia más allá de la historia.

Carlos CIBIEN

La santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa... (SC 14).

- **Consciente:** Saber lo que se hace; en nuestro caso lo que se celebra. Supone: explicación, estudio, «formación litúrgica», tiempos, fiestas, eucaristía, sacramentos, ritos, símbolos..., de La liturgia. Necesitamos ser «iniciados» para penetrar en el misterio y participar de él. La Iglesia ha realizado una gran labor de «simplificar» los ritos, revitalizar g actualizar símbolos..., pero nosotros hemos de «conocerlos» para vivirlos.

- **Activa:** Tomar parte en lo que se hace, como miembro activo de la celebración. Cada cual según su función y posibilidades, desempeñando su papel. Pero todos, «todos» atendiendo, respondiendo, cantando, orando, llenando de sentido los silencios, los movimientos, los gestos, etc., viviendo la celebración personalmente y en comunión con Dios g con tos demás.

- **Plena:** poner cuerpo y alma, con los cinco sentidos en lo que se hace. La participación es plena cuando se sintoniza con lo que acontece como signo palpable (lecturas, plegarias, cantos...) g con lo que acontece como misterio de salvación (perdón, conversión, caridad fraterna, esperanza, comunión con el misterio pascual...) ; y cuando se lleva la vida misma a la liturgia y ésta se proyecta sobre la vida.